

LOS EXTRAVÍOS DE NUESTRA SANGRE

Por: David Navarro Mejía

Las opiniones que se expresan en este artículo son en gran parte resultado de la reflexión del autor apoyándose en algunas lecturas de William Ospina, Luis Carlos Restrepo y Daniel Pécaut

Cada día hay el convencimiento que la nuestra es una sociedad más enferma de lo que usualmente es la percepción de los colombianos. Definitivamente, como ya lo dijo un periodista reconocido, necesitamos ir al diván: que la violencia sea un fenómeno de las décadas que conocemos, ya no perturba prácticamente a nadie. Pero que esa misma violencia, hoy sea no solo un fenómeno social, político o económico, sino, por sobre todo, un caso de salud pública, ya desborda toda previsión que hubiéramos tenido sobre el fenómeno en cuestión.

Somos conscientes de que no es un tema que suscite entusiasmo y que además causa bostezo en la sociedad, pues estamos anestesiados contra los efectos de la violencia. No obstante, la violencia de hoy superó con

Licenciado en Lingüística y Literatura.
Especializado en Opinión pública. Profesor
Universidad Distrital "Francisco José de Caldas",
Secretario Académico de la Facultad Tecnológica.

TECNURA

creces lo tolerable e imaginable. Ya incluso, algunos estudiosos del problema colombiano, han declarado que los colombianos hemos banalizado la violencia, convirtiéndola en el mecanismo - por privilegio - de funcionamiento de la sociedad.

Las consecuencias ya las conocemos. Pero no en toda la dimensión y sentido que deberíamos. Eso, indudablemente, es lo más pernicioso, pues le ha impedido a la sociedad reaccionar con la magnitud necesaria para la envergadura que tiene el problema actualmente.

Nuestros problemas de vida, educación y demás, están también determinados por una mala medida del fenómeno de la violencia;

Porque ya no se trata de la violencia con la cual de una u otra forma, los colombianos convivimos durante los últimos lustros. Se trata de una violencia que ha agravado los problemas socioeconómicos que tradicionalmente hemos

Afirmación de Daniel Pécaut, en artículo recientemente publicado en la Revista ANÁLISIS POLÍTICO..

tenido Es decir, que ha agudizado los problemas de vivienda, empleo, salud, educación, justicia y otros.

Me explico: cómo podemos aspirar a que haya un buen servicio de salud, cuando la ¿violencia misma se encarga de desbordar capacidad crítica del sistema? Un sistema ideal de salud, incluso, tendría problemas para atender tantas víctimas de nuestra guerra.

Aún más. Se habla de la bancarrota del sistema judicial colombiano. No obstante, cómo puede la justicia del país ser eficiente, cuando gran número de sus casos están relacionados o

entretejidos con los problemas violencia? Igual que para el ejemplo anterior así tuvieramos un buen aparato judicial, éste no podría cumplir cabalmente con su misión.

Como consecuencia de lo antes dicho, es claro que nuestros problemas de vivienda, educación y demás, están también determinados, en buena medida, con los fenómenos de la violencia. Naturalmente,

son sobre todo producto de las desigualdades que conocemos y de la inapropiada distribución de los ingresos y riquezas de la sociedad. Lo nuevo y dramático de la situación, es que los problemas ya mencionados son hoy más graves porque la dimensión de la violencia colombiana los ha incrementado a un nivel que ya resulta vergonzante.

Pero, cómo fue posible que llegáramos a la violencia de siete cabezas que tenemos hoy? En este sentido, se han dado algunas explicaciones. Aquí es nuestro interés presentar una: aquella que expresa que se impuso un modo perverso y mezquino de concebir al país. Así, lo que en otras sociedades es apenas un simple ejercicio ciudadano, acá se ha venido tomando como una amenaza para el Estado, tales como se han mirado desde años, marchas, huelgas y demás protestas cívicas. Por otra

parte, el Estado colombiano - y en nuestra opinión también el sector privado - las cosas que hace en beneficio de los humildes, las hace de un modo limosnero y procura malamente mitigar las condiciones de pobreza, pero no son instancias comprometidas con soluciones reales para la población (Ospina, 1997: 83)



Y es así, porque la nuestra es una clase dirigente que desprecia a los humildes de su país. Que no valora y enaltece su condición de hacedores de la riqueza nacional, porque le parece una debilidad de corazón y un gesto que no merecen. Es una clase dirigente más pendiente de New York, París, Londres o Roma, que de su propia ciudad capital. No quisiéramos que se percibiera esta afirmación como un juicio, porque no lo pretende ser. Pero es una actitud que dice mucho del ethos de nuestros gobernantes y ethos que en tanto tiene al país en la ingobernabilidad de hoy, resulta una obligación transformar ya que no creemos que las nuestras sean unas élites calaveras con los ciudadanos de su país.

Por otro lado, se ha desplegado en el colombiano general, un ethos que hoy es un obstáculo para superar los problemas que lo agobian. Es la impostura, la simulación, como lo anota el poeta y ensayista William Ospina. Pero se tendría falta de generosidad que impera en grandes capas de nuestra población, así como cierto mesianismo y religiosidad

preocupados de su país; afincados en sus propositos en la cultura de colombianos, con todas sus carencias y taras, pero también con sus virtudes y maravillas.

Con esta premisa, lo que tenemos

quieren parecer más gringos o europeos y en el mayor de los casos, . mexicanos. Los colombianos nuestros que viajan al exterior en muy pocos casos ven en otras formas de concebir la sociedad y el mundo; sino que ello es cada vez más motivo para avergonzarse de su nacionalidad, y menos, de contribuir al engrandecimiento de su país. Los que han aventurado esto último, sólo han contado además con la certeza, de que los colombianos lo que queremos son héroes y mártires, pues como todo pueblo que conviva en la violencia necesita de sus propios héroes. Aparte de esto, la ética religiosa de nuestra nación se basa asombrosamente en el criterio de que "el que peca y reza empata", y sugiere que la vida religiosa no consiste en obrar bien sino en arrepentirse a tiempo, ya que la gente cree que cumple con sus deberes religiosos, si cumple con la liturgia, así no sea noble y generoso con los demás, porque lo importante para salvarse no es cumplir con el prójimo, sino cumplir con la iglesia (Ospina, 1997: 13).

Es pues el ethos mismo de los colombianos el que está en la base de nuestros descalabros y tragedias actuales. Ese ethos, sin embargo, nos tiene en una paranoia ya inaguantable. Esa paranoia nos ha hecho una sociedad en desmadre. Pero resulta que ahora se ha creído, que el problema es sólo moral, cuando en verdad lo que se necesitan son gestos de grandeza y señales concretas de rectificación. Queremos pensar, por ejemplo, que las recientes declaraciones del General Bonet lo son, pues realmente necesitamos jubilar a los guerreristas para que por lo menos guarden la esperanza de que alguien les escriba. Necesitamos líderes más preocupados de su país; afincados en sus propósitos en la cultura de los colombianos, con todas sus carencias y taras, pero también con sus virtudes y maravillas. Que no le transmitan a sus conciudadanos señales permanentes que les indiquen que no son el objeto de sus desvelos y acciones.



Los otros, la inmensa mayoría, necesita creer más en sus propios esfuerzos y • capacidades. En esa inventiva y recursividad que les ha permitido asumir la actitud de morir primero por las armas, pero nunca de hambre. El trabajo que despliegan debe llenarlos de orgullo y digni-

dad, y en ningún caso en una prueba de humillación y vergüenza. Todos deben saber que su aporte a la construcción de la nación es estimado y apreciado. Y también deben reiterarles a quienes han sido y son sus gobernantes - como implícitamente lo han hecho en los dos últimos años-, que en estos momentos, no necesitan mas moral, sino mas dinero, mas oportunidades para rehacer el país, pues "tener con qué comer no garantiza que alguien se porte bien, pero no tenerlo francamente exige que uno se porte mal" (Ospina, 1997: 93).

Con todo, lo más apremiante para superar la enfermedad crónica y terminal de nuestra sociedad, reside realmente en algo

más importante y vital que lo atrás mencionado: lo más apremiante es superar el Memorial de Agravios que recurrentemente hemos tenido para justificarnos, al tiempo que nos aprestamos a construir un proyecto nacional que congregue a todos, más allá de los desencuentros, y que le brinde a t

perdieron y sin lo cual estamos definitivamente muertos: sueños y esperanzas que prefiguren nuestro futuro.

